

impresión recibida, se nos representa en la percepción como un objeto que tiene por formas de su manifestación el espacio y el tiempo. Pero estas formas, son á su vez, de origen enteramente subjetivo, puesto que consisten en la manera especial de ser de nuestra facultad de intuición.

El tránsito de la impresión sensible á su causa, que, como he repetido muchas veces, forma la intuición de los sentidos, basta para indicarnos la presencia empírica en el tiempo y en el espacio de un objeto empírico. Satisface, pues, plenamente las necesidades de la vida práctica, pero es insuficiente para ilustrarnos sobre la existencia y la esencia íntima de los fenómenos que de este modo se manifiestan, ó más bien sobre su *substratum* inteligible. El hecho de que con ocasión de ciertas impresiones que nacen en los órganos de mis sentidos, se produzca en mi cerebro una intuición de objetos figurados en el espacio, con una duración en el tiempo y una actividad causal, no me autoriza en manera alguna para admitir la existencia *en sí* fuera de mi cerebro y con independencia de él, de esos mismos objetos con esas mismas cualidades con que los percibo.

Tal es la consecuencia legítima de la filosofía de Kant, que se relaciona con un resultado anterior, igualmente exacto, pero más fácil de comprender, de la filosofía de Locke. Aun admitiendo, como lo permite la teoría de este último, que los objetos exteriores sean exclusivamente las causas de las impresiones sensibles, no puede haber semejanza alguna entre la *sensación* que constituye el *efecto* y la *naturaleza* objetiva de la *causa* que lo produce; pues siendo la sensación una función orgánica, está determinada principalmente por la disposición compleja é ingeniosa de

los órganos de los sentidos. La causa exterior se limita á estimularla, tras lo cual se produce la sensación con arreglo á sus propias leyes, por manera que es del todo subjetiva. La filosofía de Locke era la crítica de las funciones sensibles. La de Kant nos ha dado la crítica de las funciones cerebrales.

Conviene añadir á todo esto la siguiente consecuencia restaurada por mí, de la filosofía de Berkeley, á saber: que todo *objeto*, cualquiera que sea su origen, está condicionado, como tal objeto, por el sujeto, en cuya representación existe esencialmente. El fin á que tiende el realismo es el objeto sin sujeto, ó sea un resultado que ni siquiera puede concebirle el pensamiento.

De todo lo expuesto resulta con certeza y claridad, que cuando se quiere llegar á la esencia en sí de las cosas, no es posible lograrlo por la vía del simple conocimiento y de la percepción, pues como este camino está fuera de las cosas, nos dejará siempre fuera de ellas. Ese fin sólo sería realizable si pudiéramos hallarnos nosotros mismos en el interior de las cosas, único medio que nos permitiría conocer directamente su esencia íntima. En examinar si esto es posible, se ocupa el segundo libro. Pero mientras nos mantenemos en el punto de vista objetivo, que es el de este primer libro, es decir, en el terreno del conocimiento, el mundo es para nosotros pura representación, puesto que no tenemos sendero que nos conduzca más allá.

El mantenerse en el punto de vista del idealismo, sirve además de contrapeso necesario contra el materialismo. La controversia entre lo real y lo ideal puede considerarse también como una controversia relativa á la existencia de la materia, pues, en definitiva,

el objeto de la disputa no es otro que la realidad ó idealidad de aquélla. La materia, como tal, ¿existe sólo en nuestra representación ó existe independientemente de nosotros? En el segundo caso, sería la cosa en sí, y cuando se admite la existencia en sí de la materia, para ser consecuente hay que ser materialista, esto es, hay que considerar á la materia como el principio que explica todas las cosas. Si, por el contrario, se niega que aquella sea la cosa en sí, el que así opina es *eo ipso* idealista. Entre los modernos, sólo Locke ha afirmado francamente y sin rodeos la realidad de la materia; su doctrina, extendida por Condillac, condujo al sensualismo y al materialismo de la escuela francesa.

Berkeley ha sido el único que ha negado abiertamente y sin vacilaciones la materia. Los resultados respectivos de estas dos direcciones opuestas han sido el idealismo y el materialismo, representados en sus conclusiones extremas, aquél por Berkeley y éste por los materialistas franceses, v. gr., Holbach.

No se puede mencionar aquí á Fichte, porque no merece que se le coloque entre los verdaderos filósofos, entre esos elegidos de la humanidad, que trabajan seriamente, no por su interés, sino por la verdad, y á los cuales no se les debe confundir con aquellos que, so pretexto de filosofía, no tienen otra mira que su utilidad personal. Fichte es el padre de la pseudo filosofía, de ese método desleal que tiende á engañar con lo ambiguo de las expresiones, con lo incomprensible del lenguaje y con los sofismas que emplea. Es de aquellos que procuran imponerse dándose tono de importantes, con lo cual burlan á las gentes que desean instruirse. Este sistema, después de haber sido practicado también por *Schelling*, llegó á su apogeo con

Hegel, en quien degeneró ya en puro charlatanismo. Citar seriamente á Fichte después de Kant, atestigua ignorancia de lo que el último vale.

Tiene el materialismo su parte de verdad. Tan verdadero es que el sujeto que conoce es un producto de la materia, como que ésta es una mera representación de aquél. Pero ambas proposiciones son incompletas, tanto una como otra. El materialismo es un sistema en que el sujeto hace sus cuentas sin contarse á sí mismo. Por esto, frente á la afirmación, de que el sujeto es una mera modificación de la materia, es indispensable formular esta otra afirmación de que la materia no existe más que en la representación del sujeto, segunda afirmación no menos fundada que la primera. Una noción vaga de esta manera de ser de las cosas, parece haber inspirado aquella sentencia de Platón: ὅλη ἀληθινὸν ψεῦδος, *materia mendacium verax*.

Como hemos dicho, el *realismo* conduce necesariamente al materialismo. Pues si la percepción empírica nos da la cosa en sí, tal como existe independientemente de nuestro conocimiento, entonces la experiencia nos suministrará también el orden de las cosas en sí, ó sea la verdadera y única ordenación del mundo. Por donde se llega á admitir que no existe más que una cosa en sí: la materia, cuyas modificaciones constituyen todo lo demás, puesto que el orden de la naturaleza es el único y absoluto orden de las cosas. Para evitar estas consecuencias, cuando el realismo se hallaba en boga, inventóse el *espiritualismo*, que consistía en admitir fuera de la materia y al lado de ella otra sustancia; una sustancia inmaterial. Este dualismo, este espiritualismo, que carecía igualmente del apoyo de la experiencia, ó sea de pruebas y de comprensibilidad, fué negado por Spinoza, y Kant demostró después que era

falso, con la autoridad con que podía hacerlo, puesto que venía á sustituirle con el idealismo.

Con el *realismo* viene á tierra por sí sólo el *materalismo*, como contrapeso del cual habíase inventado el espiritualismo, puesto que entonces la materia y el orden natural no son ya más que percepciones condicionadas por el conocimiento, en cuya representación se resume la existencia que tienen. El espiritualismo no es, pues, más que un remedio aparente y falso contra el materialismo; el remedio verdaderamente eficaz es el idealismo. Este, mostrando que el mundo material *depende* de nosotros, es el único que establece el contrapeso necesario del poder de la materia, bajo la dependencia de la cual nos coloca el orden natural de las cosas. El mundo, de que yo me separo por la muerte, no es, por otra parte, más que mi representación. El centro de gravedad de la existencia vuelve al sujeto. El idealismo afirma que la materia depende del sujeto, mientras el espiritualismo afirmaba que el sujeto era independiente de la materia. Ciertamente, el idealismo es menos fácil de comprender y de uso menos cómodo que el espiritualismo con sus dos substancias, pero *χαλεπα τα καλά*.

Por el momento, hallamos frente al punto de partida subjetivo, que dice: *el mundo es mi representación*, el punto de partida objetivo, igualmente justificado, que afirma: *el mundo es materia*, ó bien, *sólo la materia tiene una existencia absoluta* (puesto que es lo único que ni se crea ni perece) ó *todo lo que existe es materia*. Tal es el punto de partida de Demócrito, de Leucippo y de Epicuro. Pero, bien considerado, es preferible partir del sujeto, y la ventaja que se logra está plenamente demostrada, pues la conciencia es nuestro dato inmediato y hay que saltar por encima

de él para hacer de la materia el punto de partida. Por otra parte, admitiendo ese punto de partida debería ser posible reconstruir el mundo por medio de la materia y de sus atributos, con la condición de conocerlos todos perfectamente (de lo cual nos hallamos muy lejos), pues todo cuanto existe se ha producido por virtud de causas que no han podido obrar en concurrencia, á no ser por las fuerzas elementales de la materia, y todavía se necesitaría poder demostrar éstas, al menos objetivamente, ya que subjetivamente no llegaremos jamás á conocerlas. Mas, sin embargo, esta manera de explicar y de reconstruir el mundo, no sólo estaría basada en la hipótesis de una existencia absoluta de la materia (cuando en realidad se halla condicionada por el sujeto), sino que se vería además en la obligación de dejar á todas las propiedades primitivas de la materia en la categoría de *qualitates occultae* ó sea de cosas inexplicables en absoluto (veáanse los párrafos 26 y 27 del primer volumen), pues la materia no es más que el sustentáculo de esas fuerzas, como la ley de causalidad no es más que la ordenación de sus manifestaciones.

Por consiguiente, esa explicación del mundo sería siempre relativa y condicional; sería la obra de una física que aspiraría á cada paso á trocarse en metafísica. Por otra parte, si examinamos el punto de partida subjetivo, hallaremos que su principio fundamental: *el mundo es mi representación*, contiene algo inadecuado, en primer término porque es incompleto, puesto que el mundo es algo más que eso (á saber, la cosa en sí, la voluntad), y hasta porque el ser representación no es para él más que un atributo contingente, y luego, porque sólo enuncia que el objeto está condicionado por el sujeto, sin indicar al mismo tiempo

que el sujeto, como tal, está condicionado á su vez por el objeto. Tan falso es pretender, cual pretenden los espíritus incultos que «el mundo, el objeto, existiría aunque no hubiera sujeto,» como afirmar que «el sujeto sería un ente conocedor aún en el caso de que no hubiera objeto alguno que conocer, es decir ninguna representación.» Una conciencia sin objeto no es conciencia. El sujeto dotado de pensamiento posee *las nociones* de los objetos; el sujeto dotado de percepción sensible posee los objetos acompañados de las condiciones que corresponden á su organización. Si despojamos al sujeto de todas las condiciones directas y de todas las formas de su conocimiento, el objeto queda despojado también de todas sus propiedades y no resta de él más que la materia sin cualidades, ni forma materia tan imposible de hallar empíricamente como un sujeto sin las formas del conocimiento. Sin embargo puede existir aquélla con relación á un sujeto despojado de tal suerte, más sólo en el estado de reflejo del sujeto, que no puede desaparecer sino con él. Aunque el materialismo imagina no establecer en sus postulados más que una materia constituida de esta manera, como los átomos, por ejemplo, agrega no obstante, sin duda alguna, no sólo el sujeto, sino el tiempo, el espacio y la casualidad, que descansan sobre determinaciones especiales del sujeto.

El mundo como representación, el mundo objetivo, tiene, pues, por decirlo así, dos polos diametrales, á saber: el mero sujeto conocedor, sin las formas de su conocimiento, y la materia bruta, sin forma ni cualidades. Ninguno de los dos puede ser conocido: el sujeto, porque es quien conoce; la materia, porque sin forma ni cualidad no es posible percibirla. Pero ambos son las condiciones fundamentales de toda percepción em-

pírica. Así, frente á la materia bruta, informe, inanimada (es decir, sin voluntad), que la experiencia no nos ofrece nunca, aunque la presupone siempre, hallamos el sujeto puramente conocedor que la experiencia presupone de igual modo. Este sujeto no existe en el tiempo, pues el tiempo no es más que la forma primera bajo la cual percibe; por tanto, la materia que le corresponde es eterna, persiste al través de todos los tiempos. No es siquiera extensa, puesto que la extensión da la forma; no existe en el espacio. Todo lo demás está constantemente ocupado en nacer y desaparecer, mientras que el sujeto y la materia son los dos polos inmóviles del mundo como representación. Puede decirse, pues, que la permanencia de la materia es el reflejo del sujeto, colocado fuera del tiempo y considerado meramente como condición de todo objeto. Ambos (sujeto y materia) pertenecen al fenómeno, no á la cosa en sí. Mas son las bases fundamentales del fenómeno. Ni uno ni otra son dados directamente y en sí; no se llega á ellos más que por la abstracción.

El error capital de todos los sistemas filosóficos está en desconocer que la inteligencia y la materia son términos correlativos: es decir que existen el uno para el otro; que existen y desaparecen juntos; que son cada cual reflejo del otro y ambos una misma cosa mirada por sus dos caras opuestas, y esta cosa, lo anticipo ahora, no es sino el fenómeno de la voluntad ó de la cosa en sí. Ambos son, pues, secundarios; de donde se infiere que ni en el uno ni en el otro puede hallarse el origen del mundo. Mas todos los sistemas (excepto el de Spinoza tal vez), á consecuencia de aquella confusión, han tratado de hallar en uno de esos dos principios el origen de todas las cosas. Así, en efecto,

establecen una inteligencia (*νοῦς*) como principio primero y creador (*δημιουργός*), y le atribuyen una representación de las cosas y del mundo, anterior á su realidad. De esta suerte crean una distinción falsa entre el mundo real y el mundo como representación, y la materia, que es lo que establecè la diferencia entre ambos, se convierte en la cosa en sí. De ahí viene una gran dificultad: ¿cómo introducir esa materia, esa ὄλη, á fin de que, agregándose al mundo como representación, le dé realidad? Se necesita, ó bien que la inteligencia primera descubra en alguna parte á la materia, y entonces sería ésta un primer principio como aquélla y habría dos: el *δημιουργός* y la ὄλη, ó bien la crea de la nada, hipótesis que rechaza el entendimiento, que no puede comprender más que modificaciones, pero no una creación ni un aniquilamiento de la materia, á causa de ser ésta precisamente su correlativo esencial.

Los sistemas opuestos á este, es decir los que toman por primer principio el segundo de aquellos términos correlativos, ó sea la materia, admiten una materia que existe sin representarse, hipótesis que según hemos demostrado encierra una manifiesta contradicción, puesto que concebir la existencia de la materia no es sino concebir su perceptibilidad. Para estos se presenta la dificultad de agregar á esa materia, que es su principio primero, la inteligencia que ha de percibirla. En el párrafo 7.º del primer volumen expusimos este punto flaco del materialismo.

Por el contrario, en mi sistema, materia é inteligencia son correlativos inseparables, que no existen más que el uno para el otro, ó sea relativamente: la materia es el objeto de la representación de la inteligencia; la inteligencia es aquello en cuya representación existe

únicamente la materia. Reunidos constituyen el mundo como representación, ó el *fenómeno* de Kant, es decir, algo secundario. Lo primario es lo que se manifiesta en el fenómeno, la cosa en sí, la *voluntad*, como veremos más adelante. Esta, considerada en sí, no es ni quien percibe, ni lo percibido; es algo que esencialmente difiere de su forma fenomenal.

Para terminar con un resumen preciso estas consideraciones tan arduas cuanto importantes; voy á personificar aquellas abstracciones y á fingir un diálogo entre ellas á la manera del *Prabodha Tschandro Daya*, ó como el de la Materia y la Forma, en Raimundo Lullio (*Duodecim principia philosophiae* c. 1 y 2.)

El Sujeto.

Existo y nada hay fuera de mí, puesto que el mundo es mi representación.

La Materia.

¡Ilusión temeraria! Yo soy quien existe y fuera de mí nada tiene existencia. El mundo es mi forma pasajera. Tu no eres más que un mero resultado parcial de esa forma y un puro accidente.

El Sujeto.

¡Presunción insensata! Ni tú ni tu forma existiríais sin mí. Estáis condicionadas por mí. Quien me elimina en su pensamiento y cree poder concebirnos todavía, es víctima de una ilusión grosera, pues vuestra existencia, fuera de mi representación, es un contradictorio manifiesto, un *sideroxylon*. Que *existís* no sig-

nifica sino que sois percibidas por mí. Mi representación es el lugar de vuestra existencia. Por eso soy yo su condición primera.

La Materia.

Felizmente tu osada pretensión, va á ser refutada por los hechos y no por simples palabras. Unos instantes más, y dejarás de ser. Con todas tus frases retumbantes volverás á la nada.

Habrás pasado como una sombra, sufriendo la suerte reservada á cada una de mis formas precederas. En tanto, yo permanezco intacta y completa al través del tiempo infinito, y contemplo imperturbable, como un juego, el mudar de mis formas.

El Sujeto.

Ese tiempo infinito, que te vanaglorias de recorrer, ese espacio infinito que llenas, no existen más que en mi representación. No son más que las formas predefinidas que llevo en mí; en ellas te manifiestas, ellas te sustentan, sólo por ellas existes. Cuanto al aniquilamiento con que me amenazas, no es á mí á quien alcanza, pues tú quedarías aniquilada conmigo; no afecta más que al individuo, que es mi sustentáculo pasajero y que es también mi representación, como todo lo demás.

La Materia.

Aun haciéndote la concesión de admitir que tu existencia, tan indisolublemente ligada á la de esos fugitivos individuos, es algo que existe por sí mismo, no

deja de ser por eso dependiente de la mía. Tú no eres sujeto más que en cuanto tienes un objeto y el objeto soy yo. Yo soy la medula y la sustancia, lo permanente en ti, lo que en ti mantiene la coherencia, sin lo cual serían tus representaciones tan inconsistentes como los ensueños y las fantasías de tus individuos, aunque estas quimeras tomen también de mí su apariencia de contenido.

El Sujeto.

Haces bien en no negar mi existencia porque esté unida á la de los individuos, pues si yo estoy encadenado inseparablemente á ellos, también tú lo estás, tan estrechamente, á tu hermana la Forma, sin la cual jamás apareciste. Ni á ti ni á mí nos ha visto ojo alguno desnudos y aislados, porque ambos no somos más que abstracciones. En el fondo no existe más que un solo ser, sujeto y objeto de su propia intuición, mas cuya naturaleza no puede consistir ni en percibir ni en ser percibido, porque percepción y perceptibilidad están, entre nosotros dos, repartidas.

Ambos.

Estamos, pues, indisolublemente unidos, como partes necesarias de un todo que á ambos nos abarca y que subsiste por nosotros. Sólo una mala inteligencia puede colocarnos frente á frente como enemigos, é impulsarnos á combatir mutuamente nuestra existencia, puesto que la de cada uno de nosotros, persiste ó deshace con la del otro.

Este todo que á ambos les abarca es el mundo como representación, el fenómeno. Si se le elimina, no queda más que el elemento metafísico puro, la cosa en sí, que, como el segundo libro nos enseña, es la *Voluntad*.

CAPITULO II

DE LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO INTUITIVO Ó DEL ENTENDIMIENTO

A pesar de su idealidad trascendental, el mundo objetivo conserva su realidad empírica. Aunque el objeto no sea la cosa en sí, en cuanto objeto es real. Verdad es que el espacio no existe más que en mi cabeza, pero empíricamente mi cabeza se halla en el espacio. La ley de causalidad no puede suprimir la idealidad, puesto que no es una transición que nos conduzca al conocimiento de la cosa en sí y afirme de este modo la realidad absoluta del mundo que se representa, siguiendo la aplicación de dicha ley; mas esto no impide la relación causal entre los objetos, ni por consiguiente la que existe sin duda entre el cuerpo del ser que conoce y los demás objetos materiales. Empero la ley de causalidad no relaciona más que fenómenos; no pasa de ahí. Con ella estamos y permanecemos en el mundo de los objetos, es decir, de los fenómenos, ó mejor todavía, de las representaciones. El conjunto del mundo experimental está condicionado, primeramente, por la conciencia de un sujeto en general, sujeto que aquel mundo presupone necesariamente, y luego por las formas de nuestra intuición y de nuestra aprehensión; pertenece pues á la categoría del puro fenómeno y no tiene pretensión alguna de ser el mundo de las cosas en sí. El mismo sujeto (en cuanto es meramente conocedor) pertenece al fenómeno; es la otra mitad complementaria.